

El ocio en la reconfiguración identitaria de los desplazados hacia la ciudad de Medellín*

Saúl Antonio Franco Betancur**
Rubiela Arboleda Gómez***

Introducción

La investigación “El ocio en la reconfiguración identitaria de los desplazados hacia la ciudad de Medellín” ha partido del interés por abordar el problema del desplazamiento,¹ como una realidad que marca la historia contemporánea del país y de la ciudad; indagar sobre rasgos relevantes que den cuenta de las posibilidades, discursos, prácticas e idealidades relativas al ocio y su función en la reconfiguración identitaria en las personas desterradas y reasentadas en Medellín. Se ha pretendido tejer un nexo entre las categorías del ocio y la resolución a las preguntas por el sí mismo, el nosotros, los otros y el territorio, nexo inscrito en las constantes espacio/tiempo.

El texto se ha estructurado en razón de la lógica de informe de investigación, sin ser una presentación exhaustiva del informe final. Por el contrario, el momento interpretativo se ha planteado desde una sola subcategoría correspondiente a una categoría axial de estudio, de tal manera que para la categoría *Espacio* se optó por la subcategoría *ciu-*

* Artículo derivado del estudio “El ocio en la reconfiguración identitaria de los desplazados hacia la ciudad de Medellín”. Saúl Antonio Franco Betancur (investigador principal) y Rubiela Arboleda Gómez (coinvestigadora).

** Magíster de la Universidad de Antioquia en Motricidad y desarrollo Humano. Profesor del Instituto Universitario de Educación Física de la Universidad de Antioquia. Integrante del grupo de investigación Ocio, expresiones motrices y sociedad. saulfb@yahoo.es

*** Doctora en Estudios Científicos Sociales. Profesora del Instituto Universitario de Educación Física de la Universidad de Antioquia. Integrante del grupo de investigación Cultura somática. ursula59@hotmail.com

¹ También se encontrarán en el texto con la denominación de destierro y desterrados, a la manera de sinonimia.

dad; para *Tiempo* se eligió la *reconfiguración*; en cuanto a las *Prácticas*, se leyeron desde las *expresiones motrices*.

1. El asunto en cuestión

El desplazamiento llevó a dictaminar la ley 387² de 1997 por la cual se adoptan las medidas para la prevención del desplazamiento forzado, la protección, consolidación y estabilización socioeconómica de los desplazados internos por la violencia en la República de Colombia. El número de desplazados en el país por efecto de la violencia, en el año 2011, llegó a 259.146 y la cifra total asciende a 5.445.406; datos tomados desde 1985 y denunciados por la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (CODHES, *Informe anual*, 2011). En Medellín, la presencia de miles de desplazados (189.144 entre 1997 y 2010, en registros formales) en los últimos años del siglo XX, sostenida en lo que va del XXI, ha significado un agotamiento del espacio geográfico, en el cual las posibilidades de albergue se han extinguido en la proporción espacio per cápita.

Ser desplazado implica la renuncia a los referentes identitarios e invisibiliza vínculos culturales que han dado sentido a la vida de cada sujeto y de su comunidad. El abandono del lugar de raigambre y el ingreso a otros horizontes de posibilidad, acarrea ajustes que tocan a desterrados y receptores. Los inmigrados se hallan en un contexto sociocultural nuevo para ellos, en el cual sus universos de sentido, materiales y simbólicos, no pueden ser desplegados conforme sus usos y costumbres frente a un medio en ocasiones amenazante, como lo es Medellín. La búsqueda de nuevos referentes de identidad, desdibujados por la necesidad de sobrevivencia, conduce a la reconfiguración de prácti-

² “Es desplazado toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas, con ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones: conflicto armado interno, disturbios y tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los Derechos Humanos, infracciones al Derecho Internacional Humanitario u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que puedan alterar o alterar drásticamente el orden público” (Ley 387 de 1997, Título I, “Del desplazado y de la responsabilidad del Estado”. Artículo 1º).

cas cotidianas, entre estas las de ocio, lo que implica acomodamientos ininteligibles, para sí mismos y para el receptor.

Así las cosas, con este estudio se ha intentado responder a las preguntas: ¿Cómo se manifiesta el sentido del ocio en los desplazados a la ciudad de Medellín? ¿Cómo se modifican las prácticas de ocio en la ciudad? ¿En qué lugares de la ciudad reconstruyen sus prácticas cotidianas de ocio? ¿Cómo adaptan las prácticas de ocio a los escenarios posibles en la ciudad de Medellín? ¿Cómo media el ocio en el proceso de adaptación a la ciudad? ¿Cómo marcan las prácticas de ocio de los desplazados las prácticas de ocio de los receptores? En suma: ¿Cómo contribuye el ocio a la reconfiguración identitaria de los desplazados hacia la ciudad de Medellín?

2. Apuntes conceptuales

Los referentes nocionales han sido retomados de las investigaciones de los grupos: Cultura somática y Ocio, expresiones motrices y sociedad, cuyo interés por profundizar en temas sociales contemporáneos, se ha enfocado ahora en los desplazados hacia Medellín.

Ocio. Al identificar el concepto del ocio en la historia: escrita, oral y factual, la oficial y la no oficial, desde la tradición y en relación con otras ciencias, artes u oficios, se encuentra multiplicidad de significados. Acepciones que lo vinculan con: fiesta, juego, descanso, diversión, deporte, recreación, derecho, distracción o pasatiempo, en relación directa con el tiempo medible llamado tiempo de ocio, libre, liberado, desocupado, de descanso, lúdico, de recreación y en oposición al trabajo.

En este marco, el ocio, como uno de los aspectos que muchos vinculan con el progreso, el desarrollo o el llamado proceso de civilización, que intenta instaurar determinado tipo de prácticas, discursos y formas de conocimiento, debe ser analizado en sus tirantece con las prácticas particulares, objeto de este estudio, para indagar sobre aquellas formas que se resisten o adaptan y que hacen parte de la configuración de acciones y discursos que contradicen y problematizan el proceso de ci-

vilización en marcha. El ocio se asume como “una estrategia que actúa sobre el tiempo libre de las personas, mediante discursos, prácticas, imaginarios, espacios y artefactos” (Inder, 2011, p. 13).

Así visto, el ocio no tiene una definición unívoca, sino que son los discursos —cada discurso entre otros posibles— los que determinan la forma en que son abordados. Los discursos operan como dispositivos, regulan el tiempo libre de las personas. Asumir la tensión entre los diferentes discursos, permite explicitar el sentido que se les otorga en cada contexto y las acciones que se emprenden en cada ámbito de intervención. Si bien los discursos hacen parte de lo que se considera un marco de análisis, no dan cuenta, en sí mismos, de lo que es el ocio y la recreación. En tal significación, el ocio funge como categoría dinámica problematizadora, según la relación que se establezca: económica, política, social, estética o religiosa, entre otras.

Las prácticas. Son una estrategia para el ocio, pero, en sí mismas, no son el ocio. Este componente del dispositivo hace realidad los discursos bajo los cuales se conciben (Inder, 2011, p. 15). En este estudio se hace referencia a las prácticas de ocio como aquellas maneras específicas de diversión, disfrute, descanso, recreación y uso del tiempo libre que señalan los actores indagados.

El espacio. Hace referencia a aquellos lugares formales o informales, públicos o privados, destinados a las prácticas de ocio y recreación, que son identificados por el grupo de interés de este estudio, como posibilidad, realidad o idealidad para el ejercicio del ocio como mediación en el proceso de adaptación y de redibujamiento de la identidad.

El tiempo. Categoría compleja que se articula al sustrato epistemológico del ocio; emerge con mucho peso en las circunstancias de choque del recién llegado y se torna en una esfera sustantiva del proceso adaptativo al ámbito receptor. El tiempo rural se reconfigura con un tiempo urbano que demanda nuevos ritmos en el día a día de los nuevos habitantes.

Motricidad. La motricidad será entendida como un movimiento asis-

tido por la conciencia, la propositividad, la voluntad, un *ánimus* que lo desprende del sustrato mecánico objetivo de la física y de la virtud compartida con los seres vivos. Motricidad cotidiana (doméstica, laboral, íntima...), que si bien es motricidad por aquello del *ánimus*, no tiene al cuerpo y a la motricidad como su fin último y su intencionalidad está por fuera del acto, en lo que difiere de las expresiones motrices, cuyo centro está en el “acto mismo”; corporeidad y motricidad son la validez de su existencia, su único medio de manifestación y su finalidad última.

Identidad. La noción de identidad adquiere aquí el sentido de pertenencia que inviste de significado a la persona, permitiéndole la construcción de su yo, en lo cual cooperan las percepciones de los demás, en un contexto cultural determinado, que genera la semejanza con el nosotros y la diferencia con los otros y establece, desde el territorio, un “adentro” y un “afuera”. Nos apoyamos en Bauman: “En el fiero y nuevo mundo de las oportunidades fugaces y de las seguridades frágiles, las innegociables y agarrotadas identidades chapadas a la antigua simplemente no sirven” (2005, p. 64).

Territorio. Categoría significativa del bastimento de la identidad, lo abordaremos como un espacio simbólico, cargado de sentido y colectivamente construido. Referente que ha permitido la delimitación de un “adentro” y de un “afuera” y, consecuentemente, ha posibilitado la consolidación de ese *nosotros*, diferente de esos *otros*. Desborda la materialidad tangible y ponderable; no se define por los límites topográficos sino por los contenidos simbólicos que lo han habitado (Arboleda, 2009).

Ciudad. La ciudad se define, en sentido estratégico, como el escenario urbano, opuesto a lo rural; habitado por una cantidad importante de personas de diferente procedencia, polo de desarrollo en términos de administración, servicios e industria. En el caso de Colombia, la ciudad se ha conformado a partir de la década de 1960, justamente con la violencia en el sustrato fundacional; se erige como una emergencia cultural en la que se condensan tanto las prácticas “civilizatorias” provenientes del nominado “mundo occidental” por vía de la colonización

y el sometimiento, como la apropiación de las mismas en los espacios locales, a su vez conformados por migrantes de distintas provincias, lo que le otorga un tinte polifacético, variopinto y complejo. En lo relativo a este estudio, la ciudad se delimitó en lo que se conoce como “centro de Medellín”, esto es, el espacio ciudadano marcado por el consumo, vendedores, edificaciones institucionales (iglesias, colegios, aparato estatal), parques centrales, calles y avenidas con mayor flujo peatonal, con comercio formal e informal, y por la afluencia vehicular en la que se destaca el transporte público.

3. Apuntes metodológicos

Para atender la pregunta por la reconfiguración identitaria, desde la dimensión del ocio, en población desplazada hacia Medellín, se siguió una ruta orientada por la *etnografía reflexiva*; una especie de “vuelta de tuerca” en el método etnográfico que permite un cruce multilateral entre las cotidianidades. Se trata de un enfoque cualitativo que se fundamenta en las interpretaciones que las personas hacen en relación a cómo viven, a cómo construyen sus instrumentos y a sí mismos, a cómo sienten y piensan. Reivindica al actor social como creador de significados, que desde su biografía e interrelación con los semejantes, da cuenta de su realidad (De Souza Minayo, 2009). La experimentación etnográfica parte de introducir nuevos objetos o nuevos perfiles de los mismos; la manera de ubicarse en campo, la manera de ubicarse frente al otro en el campo, el reconocimiento de las narrativas, las innovaciones en terreno y los cuestionamientos a los propios acervos.

Para atender el problema se abordaron comunidades desplazadas que paran en Medellín y que habitan cotidianamente la zona urbana de la ciudad. Se delimitaron los siguientes lugares: Plaza Minorista; iglesias de San José, Veracruz y Candelaria; parques de Bolívar, San Antonio y Berrío; instituciones para la atención y orientación al desplazado como la Unidad de Atención al Desplazado (UAO) y el Albergue Temporal de Villahermosa. También se incluyeron actores que representan a la comunidad receptora y personas que trabajan en instituciones relacio-

nadas con los desplazados; se consideraron así tres perfiles de actores.

Para recabar el dato se siguieron protocolos de entrevistas definidas según los actores; se hicieron observaciones para reconstruir en los contextos aquellos matices que escapan a los testimonios y a la lente. Se recupera así la función central del investigador, quien, parafraseando a Geertz (2000) es el principal instrumento de la investigación cualitativa. El proceso se registró en diarios de campo con una guía convencional, pero adaptada por cada investigador.

Los ejes conceptuales se categorizaron, para abordarlos empíricamente, como se presenta en la tabla 1:

Categorías descriptivas	Subcategorías	Noción operativa
Espacio	Escenarios	Comprendemos acá como escenarios a equipamientos, naturales o intervenidos, cuya disposición permite la visita de personas o grupos, para la contemplación, el encuentro, el juego, la tertulia o simplemente para estar; es decir, como posibilidad de ejercer el ocio.
	Pueblos	Esta categoría la describimos como aquellos lugares que albergan población campesina, generalmente cercanos a la ciudad. Muchos son los lugares desde donde se desplaza la población hacia la ciudad, pero que también ofrecen la posibilidad del turismo.
	Ciudad	Se entiende la ciudad como un espacio físico, con significados, representaciones, continuidades, discontinuidades, contradicciones y conflictos. Formación sociohistórica donde tiene lugar la vida de los agentes sociales históricamente determinados que producen y reproducen prácticas culturales, políticas y económicas, entre otras, en un espacio concreto.
	Campo	Son lugares que albergan población campesina, en oposición a la ciudad, se caracterizan por la lógica de lo rural. Son sitios con actividades agropecuarias, agroindustriales, extractivas, de silvicultura y de conservación ambiental, y tradicionalmente proveen de alimentos agrícolas al resto de la población. En estos lugares vive la población de mayor vulnerabilidad para el desplazamiento.

Prácticas	Tertuliar	Se trata de conversar, hablar, intercambiar diferentes temas o ideas de manera espontánea. En la tertulia no hay condicionantes de tiempo ni de espacio; no exige preparación, se habla desde las posibilidades de cada quien y desde los gustos compartidos.
	Contemplar	Detenerse para fijar la mirada y detallar, relacionar, reflexionar ensanchar la imaginación. En este estudio se relaciona con el mirar “desprevenido”.
	Expresiones motrices	La denominación ‘expresiones motrices’ hace referencia a aquellas manifestaciones de la motricidad que se realizan con distintos fines: lúdico, agonístico, estético, político, preventivo, afectivo, de mantenimiento, de rehabilitación, comunicativo y de salud, en la que cuerpo y motricidad son su fin último.
	Turistear	Salir a otros lugares –urbanos o rurales– con el propósito de conocer, cambiar de ambiente o para distraerse.
	Descansar (casa)	El sentido del descanso se asocia con la recuperación de fuerzas, con reponerse de la fatiga generada por el trabajo o las actividades domésticas.
	Salir de la ciudad	Salir del perímetro urbano y dirigirse a otros lugares que ofrecen atracciones o son novedosos por alguna característica.
	Hacer nada	Se concibe como un estado en el que la persona realiza actividades que no tienen relación con la producción, algo que se concibe como improductivo –desde la lógica positiva, de la rentabilidad– como una disposición de las personas donde sienten que “pierden su tiempo”
Tiempo	Percepción	La describimos como la experiencia que atribuye características cualitativas a los objetos o circunstancias del entorno (la ciudad) y en este caso a la forma de apreciar y valorar el transcurso del tiempo.
	Reconfiguración	Se enuncia como el cambio de percepción de la categoría tiempo experimentada en la urbe y la consecuente modificación de prácticas.

Tabla 1. Sistema categorial dimensión Ocio.

Los datos se objetivaron y categorizaron de forma artesanal, y las entrevistas fueron transcritas y codificadas. Para el análisis se articulaban las estrategias de acercamiento con los objetivos del estudio y las categorías analíticas en estos contenidas; se elaboraron las inferencias según las dimensiones y se ubicaron en relación con los objetivos.

1. El ocio en la reconfiguración identitaria de los desplazados hacia la ciudad de Medellín

El estudio sobre el ocio en los desplazados hacia Medellín es una emergencia como objeto de investigación. En la presente indagación ha sido posible vindicar la función social del ocio como agente de identidad y como mediación en los procesos de adaptación a la sociedad receptora.

Para este capítulo hemos optado por desarrollar una sola subcategoría de cada categoría axial, así: en Espacio: ciudad; en Tiempo: reconfiguración; en Prácticas: expresiones motrices. Las tres operaron como medio para leer la dimensión ocio en algunos desplazados hacia la ciudad de Medellín.

El espacio: la eterna errancia tras la búsqueda del arraigo

Para los desplazados, Medellín se erige como un espacio indómito y desconocido, lo que significa una limitación en razón de las prácticas de ocio y del acceso a sus equipamientos; la carencia de dominio territorial se transforma en obstáculo para su ejercicio. El uso de la ciudad demanda conocer “el mapa” de ofertas tanto estructurales como programáticas, para el caso, referidas al ocio. El primer acercamiento de los desterrados a Medellín se lleva a cabo por la vía de la subsistencia: lugar de llegada, refugio inmediato, aliviar el hambre, avizorar una ruta posible. Esta búsqueda mediada por el cuerpo y sus vicisitudes genera una primera cartografía, nunca pensada para el divertimento. Paradójicamente, el ocio, como constitutivo antropológico, jalona sus propias conquistas y, como se verá, conduce a una particular relación con el entorno ciudadano.

Los espacios propuestos para las prácticas de ocio representan una particular simbólica de Medellín: el Parque de Berrío, el Parque Norte, el Jardín Botánico, el Pueblito Paisa, entre otros, afloran en los discursos, bien porque los conocen, los frecuentan o se instalan como expectativa. El afán de domeñar el espacio urbano idealiza algunos sitios emblemáticos de Medellín; pareciera que apropiarse de estos los invistiera de cierta “antioqueñidad”, que les retorna una figura identitaria: “Me gus-

taría conocer el Pueblito Paisa, tiene buena fama, todo el mundo habla, que vamos pa'l pueblito paisa, todo el mundo dice que es muy bueno y lo invitan a uno y uno dice... de pronto vamos" (C1 13 Betulia Ar).

La tensión rural-urbana ha generado la necesidad de proveerse de un sustento, lo que requiere ubicación espacial y manejo del territorio, en relación con las posibilidades reales de sobrevivencia; ha provocado también un temor ante la magnitud de la urbe y la complejidad social y política que la marca. Medellín es una ciudad de contrastes, de un lado se piensa como empresa para la oferta de servicios y de turismo, en la que se revitalizan diversas áreas urbanísticas y se construyen nuevos equipamientos culturales; de otro, está caracterizada y estigmatizada por el conflicto social, el narcotráfico y la corrupción. Los barrios, por ejemplo, son el refugio inmediato y, a su vez, un riesgo vital por la violencia y los enfrentamientos cotidianos, que los obliga a un "nuevo y constante desplazamiento". La errancia impide así la domesticación de los espacios de ocio e invita a una nueva búsqueda.

Los discursos de los desplazados dan cuenta de las limitadas referencias a escenarios que asocian al ocio o que posibilitan sus prácticas. Es recurrente la mención de escenarios como los parques de Berrío, San Antonio, los Deseos, Norte, Explora y a sitios como el Jardín Botánico. En ocasiones se alude a ellos como lugares que conocen porque son de fácil acceso por la cercanía al lugar que habitan o porque son los más populosos, céntricos y, muy significativamente, gratuitos. Señalan también otras opciones para la distracción que se coligan a diferentes posibilidades de interacción, como el Metro y el metrocable; estructuras viales que han promovido una singular curiosidad turística y tecnológica, la cual desborda el interés expreso por resolver el problema de la movilidad en zonas deprimidas, y adquiere matices de diversión, por lo demás a bajos costos.

Una subcategoría relevante del espacio es la de *ciudad*, frente a la cual se ha encontrado que significa extrañeza y atracción. La experiencia iniciática de Medellín ofrece múltiples percepciones que someten al desplazado a la tensión entre la gran oferta estructural de consumo, de oportunidades, la ilusión de progreso, el ingreso a un proyecto "civili-

zatorio” del que estaban excluidos y en el que no logran reconocerse, y el temor ante una realidad concreta y de concreto que los abruma, específicamente, por la mediación de dinero, que no poseen, y que los sitúa en el lugar de la indefensión.

Para algunos desplazados llegar a Medellín ha implicado desajuste de la estructura familiar, pérdida de la seguridad del hábitat, mendicidad, desempleo, subempleo, trabajo informal (vendedores en chazas, servicio doméstico, albañilería y celaduría, entre otros). Así lo expresan:

... entonces, estoy sola en esto, ya me he quedado con la ropa, pero si Dios quiere y Dios permite que me resulte otro empleo, porque también he trabajado en casas de familia, también me he ido a trabajar y trabajo así, a veces me sale trabajito por el día, me voy y lo trabajo también el día, ya que no pueda... hoy por ejemplo me fui a trabajar un día en una casa de familia, ya mañana no porque... no me puedo quedar en la casa, ya me voy a buscar la ropa (C1 9 Suruco Ar y Fr).

Se cambian las labores que realizaban en su sitio de origen: “No, no ve que me mantengo revolcándome de acá pa allá de aquí para allá, ese es el trabajo mío: revolcándome, yo sí hago unas artesanías pero eso es muy mal pago, pero por acá es muy duro, a veces me voy por allá por Andes... eso por allá es la mata de las artesanías” (C1 18 Mutatá Dz).

No obstante, la ciudad se vislumbra como única posibilidad ante la persecución, la coacción y el miedo que propició la salida de su territorio de procedencia. Algunos entrevistados expresan estar *alegres* en Medellín. Consideran que es una ciudad de alternativas, ante las amenazas que experimentaron en su tierra. Para ilustrar lo dicho vale este testimonio: “Medellín es una ciudad donde hay mucho que hacer... es mejor... estamos bien aunque se aguante hambre... es mejor así” C1 1 Mutatá Dz).

Para algunos desterrados, Medellín es un escenario de comodidades, y expresan preferirla al “monte”,³ al que no identifican como lugar para el ocio, toda vez que lo relacionan con la zozobra, la incertidumbre y el desamparo social. Sirva de ejemplo el siguiente relato: “Nos vinimos

³ Voz local con la que se adjectiva la vida campesina y la escena rural.

para no sufrir en el monte, para que los pelaos no sufrieran así, sufrimos demasiado, no había nada para hacer, sufrir, mi hijo mayor me dijo mami vámonos pa'l monte arriba y yo le dije que no". (C1 2 Mutatá Dz).

En ocasiones esa preferencia de la ciudad a su sitio de origen, que los desplazados enuncian, habla más de un triunfo por haber escapado de la persecución que de hallarse en un espacio de bienestar. Se está en la ciudad por necesidad, por no tener otra alternativa, pero es en "el monte", en el campo donde muchos añoran estar.

El significado de la ciudad para los desplazados hacia Medellín aquí entrevistados, es una confluencia de factores producidos por el impacto del encuentro con un conglomerado en el que no conocen a nadie, no son esperados y cuyo contenido estructural y simbólico no logran interpretar. Perciben que en la ciudad se vive a mayor velocidad, con estrés y preocupación. Esta urbe se experimenta también como una pérdida de la libertad: "Me siento mal, no hay como uno estar allá con esa libertad, aquí uno se siente encerrado" (C 1 3 Mutatá Dz).

Una extrañeza ante la propia consistencia de la ciudad: el incremento de edificaciones "en vertical", el tráfico colapsado, la contaminación en aumento, la densificación poblacional/habitacional, los altos costos, la intolerancia de algunos receptores y, finalmente, una propuesta de hacinamiento como maximización del poco espacio, aspectos que terminan por atrapar a los llegados del campo en una sensación de ahogamiento muy cercana al encierro, como dice el testimonio anterior.

Las posibilidades de ocio en Medellín para los desplazados son limitadas por varias razones: económicas —desde el desempleo o la indigencia—; el tipo de ocupación —en general es el trabajo informal—; el espacio habitacional —se tiene que convivir en la estrechez de los albergues o en el nomadismo obligado—; la gran incertidumbre para orientarse en el nuevo entorno —el trazado de las calles en la ciudad demanda manejo de códigos y codificaciones que les son desconocidos—; las regulaciones de los sitios institucionalizados para prácticas recreativas —horarios restringidos, usuarios. Al respecto, afirma una empleada de la Oficina de Diversidad étnica de la ciudad:

Es una población formada en emergencias, llegan a la ciudad y en alguna partecita, sobre todo en lo que llamamos asentamientos, que quedan en las zonas periféricas, construyen alguna casita de madera, plástico o de cartón y se meten allí y empiezan a gestionar sus vidas, a pedir, a hacer muchas cosas, a sobrevivir; pero van quedando como atrapados en una ciudad que no ha construido un hábitat para ellos, una ciudad que no ha pensado de una forma seria el problema de la población que está llegando desterrada, que uno puede encontrar los diagnósticos que hemos hecho y que ahora estamos haciendo el segundo; encontramos que la población afro son los que en la ciudad tienen la mayor cantidad de necesidades insatisfechas, están entre los más miserables de los miserables (C2 4 Diversidad Étnica ArFrVI).

Los desplazados, pues, se forman en la emergencia y empiezan a gestionar sus vidas desde la mendicidad:

La vida mía es..., a veces me voy para la Minorista. Busco, pido limosna, me dan \$150.000 cada dos meses. Yo no me los puedo gastar mal gastados. Compro lo que sirve. Aquí uno sale y se va pa' donde las amigas o a veces cuando uno se va a pedir limosna" (C1 19 Chocó Dz) "...Es que aquí uno no consigue trabajo. Aquí si uno no sale a pedir como lo estamos haciendo, básicamente uno no consigue (C1 14 Samaná Gn).

Aun quienes han logrado beneficios como conseguir vivienda de interés social, manifiestan que sus construcciones adolecen de espacios para la socialización y para el ocio. Como lo afirman Tabares *et al.*: "En Medellín, que se proyecta como una ciudad para el mercado turístico, predominan las construcciones habitacionales adjetivadas de "interés social", caracterizadas por la reducción del espacio habitacional y una profunda escasez de espacios para la lúdica" (2007, p. 45).

Los desterrados revelan sentirse estresados, encerrados, aturdidos por el ruido de la urbe. Se declaran incómodos y agitados, con un espacio cada vez más minimizado para realizar sus rutinas y reconstruir sus referentes. Se sienten inseguros, ya que las zonas receptoras replican las razones del conflicto que vive el campo, reverberan otras formas de violencia. Circunstancialmente son agredidos en los barrios o asentamientos por los grupos en conflicto, la delincuencia común, entre otros. Describen a Medellín como una ciudad contaminada, incierta, estrepiti-

tosa, que les produce miedo e impotencia para solucionar su situación. Añoran la tranquilidad y el bienestar de su tierra:

El campo, la tranquilidad, los animales, “los suyos”. (C1 4 San Carlos ArVIDz). Extraño... será todo, aquí es muy distinto a estar allá tranquilo... La dormida, la bulla de la calle, la violencia de los barrios que es más que la del campo. El trabajo, la comida, pensar que no hay comida, en el campo no hay que pagar pasaje, es tranquilo para dormir, teníamos revuelto, las gallinas, marranos, naranjas, aguacates... de todo un poco... (C1 13 Betulia Ar).

Los retos de vivir en el campo tenían una lógica, fundamentada en el conocimiento de su entorno y en el afán de mejorarlo: leer los cambios climáticos y obrar en consecuencia, asumir las vicisitudes de la naturaleza, enfrentar las dinámicas del mercado agrícola, atender las fluctuaciones políticas de cara al sector, velar por la educación de los hijos en condiciones adversas, todo ello conformaba el panorama de su cotidianidad. Ahora bien, el desplazamiento plantea otros desafíos en el marco de la consecución del sustento y la adaptación a un espacio que se reconfigura a los ritmos de la ciudad.

Tiempo: indeterminación e imposición

El uso del tiempo de los desplazados es indeterminado, es asumido como lapso para trabajar, y ante la ausencia de empleo dicen que para ellos “todo es tiempo libre”. Gimeno Sacristán afirma que “la dimensión social del tiempo clasifica a los individuos y además de ese poder regulador que la ordenación del tiempo tiene sobre las personas, marca pautas de organización de sus vidas” (2008, p. 48). Dicho orden estructura las relaciones, dependencias y jerarquías entre ellos; es el caso de los desterrados, quienes en su condición solo pueden aspirar a trabajos de orden informal y de difícil clasificación, lo que pone en jaque el tiempo institucional y los lanza a otra forma de tiempo frente a la que no tienen insumos para interpretar, de tal manera que se diluye la línea entre el tiempo laboral y el tiempo de ocio. En otras palabras, al no estar inscritos en el sistema de regulación del empleo formal, perciben sus prácticas en torno al sustento como “tiempo libre”, tiempo no con-

trolado por un otro. En suma, el ocio se vincula más al tiempo reglado que a las prácticas que lo alimentan. El derecho, y la misma experiencia de ocio, quedan subsumidos en la necesidad.

Las respuestas a la pregunta por las ocupaciones en su tiempo libre, refieren: la práctica de ejercicio físico, ir a la iglesia, trabajar esporádicamente en casas de familia, ir al rebusque, “recochar”⁴ con las amigas, cocinar, ver televisión y dormir. Un desterrado dice: “En mi tiempo libre saco mis hijos, a hablar con ellos, a explicarles la violencia que hay aquí, la violencia que vivimos, los vicios que hay aquí que no se veían en el Chocó” (C1 14 Samaná Gn).

Emergen las añoranzas y algunos gustarían de “ir a ver a sus animálitos”, tienen en sus recuerdos aquellas actividades que asocian con lo que se hacía en el tiempo libre: las prácticas religiosas, la medicina tradicional y los juegos de azar. En la comunidad afro, por ejemplo, hay evidencia en este relato de la manera como se resuelven los obstáculos que les antepone la vida en Medellín:

Lo que hemos visto es que ellos construyen sus prácticas de ocio con lo que tienen. A mí me tocó ver un bailadero en la comuna 13, una casita y la adaptaron con un techito y la gente allá dispuesta... y eso sí... Los juegos de azar y eso es por la tarde. Las prácticas de ocio las hacen en donde estén, tienen que ver con sus prácticas autóctonas, por ejemplo la medicina tradicional, las creencias, sus prácticas religiosas... (C2 4 Diversidad Étnica ArFrVI).

El tiempo del desplazamiento se transforma en un tiempo otro, un tiempo del otro, otros tiempos percibidos y reconfigurados, en relación con lo conocido, al extrañamiento y a lo que hay por conocer. Asumir los “nuevos tiempos” toca con la capacidad de adaptación, aceptación y reinención en la ciudad. Queremos referirnos puntualmente a la reconfiguración, como subcategoría, la cual se sintetiza en la locución: “traslado de tiempos”. Los desplazados asisten a una transformación en la experiencia del tiempo y el espacio. Ese traslado del tiempo pro-

⁵ Localismo con que se denomina la acción de bromear, reírse, hablar de la cotidianidad jocosamente.

pio, propiciado por sus historias, al ritmo de ciudad, resulta un tanto insólito para quienes llegan desterrados. No es igual para el turista que pasa, que continúa su camino; estamos hablando de quienes tienen que permanecer.

Sus creencias y sus costumbres no entran en consonancia con los ritmos que maneja la bulliciosa Medellín. La velocidad de la ciudad es una narrativa originada en un tiempo lineal, en el afán de producción y asociada a la industria, el turismo, los servicios, la tecnología, el capitalismo, el proyecto modernizador y el reconocido y juzgado rasgo antioqueño del “afán de progreso”. Las lógicas cotidianas de los campesinos, ahora migrados, correspondían al ejercicio de sobrevivencia rural: la labranza, la agricultura, la pesca, la ganadería y la minería obedecen a cadencias marcadas por un tiempo de simultaneidades, un tiempo cíclico que atiende las necesidades y “ritmos naturales y sociales” (Vicens, 2004, p. 14).

En palabras de una coordinadora educativa: “En general, la población desplazada no accede a la recreación; no descansan, están en función todo el tiempo de conseguir la comida, de sobrevivir, ni siquiera es de vivir sino de sobrevivir, entonces no les da tiempo de recrearse o descansar o de tener otras posibilidades” (C2 3 Coordinadora EFM Dz).

La contundencia de la mediación del dinero como garantía de la subsistencia en la ciudad, marca el ritmo del tiempo e impone a los desplazados una redistribución de sus propias prácticas en razón de un *cronos* que los regula y acecha. La celeridad acusada de cara a la vida en Medellín señala un impacto incorporado e insoslayable para habitar esta ciudad que no da tregua y en la que cada paso tiene un precio. Es un tiempo urbano atomizado por la enunciación de “proyectos de ciudad” versus un tiempo rural que se arraiga en la añoranza: tiempos y destiempo, encuentros y desencuentros.

Prácticas: incorporación recíproca

Las prácticas son también maneras de evidenciar el ejercicio del ocio. Las identificadas en este estudio tienen que ver con sus cotidianidades,

empero la condición de desplazamiento limita el carácter de su ejercicio. Los desplazados se incluyen y se excluyen, en una mediación de la necesidad: algunos acogen las ofertas programáticas, institucionales y comunitarias, que plantea la ciudad; sin embargo, sus posibilidades de participación dependen de las fluctuaciones ocupacionales (repentinamente emergen propuestas de empleo informal, al que no se pueden negar, sin importar horarios, ni periodos, ni formas de contratación).

Los desplazados refieren como actividades relacionadas al ocio: las prácticas religiosas, ver televisión y las expresiones motrices. Interesa aquí destacar, justamente, esta subcategoría en cruce con el ocio. Son diversas las actividades de este tipo que los actores vinculan al uso del tiempo libre:

Aquí cuando no voy al recorrido me voy a la iglesia a escuchar la palabra del señor, me voy a las 6 de la mañana para la iglesia y de allá vengo por ahí a las 9 o 10. De ahí, si tengo ropita sucia, me pongo a lavar, me pongo a organizar el rancho y así ya se me va el día o sea que así ya me la paso. Nos ponemos a recochar ahí con las amigas, con las cuñadas, y así, hago la comida y nos sentamos o nos ponemos a ver televisión con la niña, con la bebé, y ya descansamos hasta el otro día y nos acostamos (C1 2 Mutatá ArFr).

Las expresiones motrices de mayor preferencia son: jugar fútbol, bailar, los juegos de azar (las cartas y el bingo), participar en competencias, jugar con los niños, montar en bicicleta y caminar e ir a charcos o “bañaderos”, por lo general ubicados en la periferia.

Otras prácticas motrices recurrentes son: la danza —principalmente en los desplazados de las comunidades afro e indígenas—; las caminatas, los juegos tradicionales, el atletismo, la natación y el baloncesto. Actividades que muchas veces se llevan a cabo por el disfrute y la sensación de inclusión, sin que medie un aprendizaje o un interés competitivo. En este sentido es significativo un relato como el que se trae a continuación —referido al atletismo—, pues se puede leer que la participación de la persona en la actividad es desde una desinformación o desconocimiento, tanto de la misma actividad, como de sus demandas, su contexto y sus características, para la que evidentemente no está entrenada: “...

este año nos toca una caminata y estuvimos en la caminata de las corretillas de las mujeres que empezó del parque de los Deseos hasta el parque de San Antonio... cuando llegué a la casa, yo no era capaz con estas piernas, porque todo esto me dolía de correr... esa es una corretilla, es la marcha de las mujeres” (C1 9Mutatá, Ar, Fr).

Por medio del juego restablecen nexos entre las prácticas aprendidas y las necesarias adaptaciones a un medio cambiante y hostil. Los desplazados defienden su derecho al ocio y la recreación, habilitando espacios topográficamente vulnerables, pero que ellos resignifican con sus técnicas recién incorporadas y sus tradiciones. Las expresiones motrices, representan zonas de solidaridad, consolidación de la normatividad, redes de comunicación, controles sobre el cuerpo, posibilidad de encuentro con los acervos más íntimos y reedición con contenidos ciudadanos. Con la reconfiguración de la identidad ha de venir una reinención de la motricidad, que tendrán que interpretar como una de las maneras de re-crear su identidad.

Corolario

El espacio simboliza la búsqueda esencial de los desplazados y ello entraña la eterna errancia en procura del arraigo. Los escenarios son ocupados, de un lado, como opciones institucionales, y de otro, muy enfáticamente, como alternativas espontáneas. Cuando se enteran y pueden acceder a las programaciones que realiza el Inder, la Alcaldía de Medellín, las distintas ONG, Comfama, Comfenalco, El Jardín Botánico o las organizaciones comunitarias, asisten y disfrutan de lo que allí se les propone. Así mismo, cuando en la intimidad del grupo familiar y social afloran propuestas situacionales que invitan al descanso, al goce, al festejo, los desterrados se vinculan, en común-unión, a manera de refrendamiento de la comunidad, como un nosotros legitimado por los lazos de la lúdica.

El Metro y el metrocable se asimilan como equipamientos que operan en los desterrados como una oferta de turismo y vía de acercamiento y apropiación de la ciudad. Una participación desde “las grietas” de la escena urbana, que ellos capturan para su provecho. En lo relativo

al ocio, los desplazados dan cuenta de la tensión rural-urbana, que en otras palabras significa el territorio de la añoranza (extrañeza) y el lugar de la conquista (atracción).

En cuanto al tiempo de los desplazados, se constata una doble relación: una experiencia del tiempo apropiada en el lugar de procedencia, donde los ritmos cíclicos están marcados por la cotidianidad rural; lo que contrasta con la percepción de un tiempo otro que obedece a la linealidad generada en la congestión de la ciudad. Medellín se erige como un tiempo precipitudo, que les impone una cadencia ajena a la aprendida y a la que tienen que someterse por las demandas de la adaptación: laboral, institucional, cultural, etc. La ciudad se percibe como escenario de la velocidad, de la agitación y el ruido, características que interfieren en la experiencia del ocio. Requieren una reconfiguración y “traslado de tiempos” para poder acceder al denominado tiempo libre.

Las prácticas asociadas al ocio entre los desplazados, devienen en la incorporación recíproca rural-urbana. Constituyen una evidencia del proceso adaptativo que significa un flujo de información en la que tanto los desterrados como los receptores se permean. Podría decirse que los desplazados revisten de lo propio aquello que en principio les resulta ajeno. He ahí una impronta cuerpo-ciudad tramitada por el ocio y sus manifestaciones. Tertuliar, permite a los desterrados tanto el festejo como la recreación de la nostalgia, evocaciones colectivas de los tiempo/espacios conocidos. La oralidad se reviste del poder para la remembranza, la socialidad, el disfrute y la mitigación de la circunstancia.

Las expresiones motrices representan un cruce con el ocio; son identificadas como la forma posible de descanso, regodeo, mantenimiento y, particularmente, una ruta de acercamiento a las distintas ofertas de la ciudad y a los distintos tópicos del paisaje. Turistear y salir de Medellín, son las maneras de nombrar el “sueño” de otros mundos posibles: una singular huida de las emergencias de la dura realidad. Irse de Medellín, conocer otros municipios, otros paisajes —que nombran porque han oído hablar de ellos, no los conocen pero los intuyen— es un paliativo que se brinda como opción ociosa. Una alternativa que los caracteriza como desterrados, pues es su condición de desamparo la que otorga

contenidos emancipatorios al divertimento del viajar, salir de la ciudad, irse: huir.

Los desterrados viven el ocio como descanso, pero para recuperarse y continuar buscando solución a su condición. Lo asocian con “hacer nada” y con frecuencia, identifican su vivienda como espacio de continua permanencia de ese “hacer nada”. Desprestigio heredado del pensamiento positivo, que poco ayuda a superar su situación. Lo que otros nombran contemplar, en los desplazados es mirar y callar, porque esta es la recomendación recibida en sus sitios de origen. Es una manera de protegerse de los actores armados.

Recomendaciones

- Consolidar y fortalecer los programas de asesoría para que las comunidades desplazadas establezcan estrategias para solicitar el cumplimiento de los proyectos ofrecidos por las administraciones.
- Favorecer la organización política de los desplazados, en particular las minorías étnicas, para la defensa y preservación de sus patrimonios culturales.
- Reconocer el carácter vindicativo de las prácticas de ocio y explorar su potencial en el proceso de resarcimiento de las comunidades desplazadas.
- Es importante visibilizar y favorecer el desarrollo y la implementación de las políticas municipales en las comunidades indígenas y afro descendientes.
- Creación de políticas públicas para el ocio y el aprovechamiento del tiempo libre, en las que se evidencie la inclusión de los desplazados.
- Brindar apoyo para que se conserven las prácticas propias en los escenarios ciudadanos, como una estrategia de conservación de algunos referentes de identidad.
- Velar por el suministro de los recursos que mitiguen las necesidades básicas, sin violar la dignidad ni la autonomía de los sujetos, y reconocer las prácticas de ocio como una necesidad vital.
- Ofrecer alternativas para conservar las prácticas corporales propias: sexualidad, estética, motricidad, salud, producción, semiótica

y ocio, que les permita reconocerse en su singularidad étnica y cultural.

- Generar espacios pedagógicos, lúdicos y dialógicos en los que se propicie el conocimiento, el reconocimiento y el intercambio voluntario de prácticas definitorias de cada grupalidad.
- Hacer de las expresiones motrices un dispositivo de aprendizaje, adaptación e integración en el escenario ciudadano y que, a su vez, se brinde como estrategia de recuperación y conservación de prácticas motrices ancestrales e identitarias.
- Fortalecer la investigación que dé cuenta y vele por la recuperación de prácticas autóctonas que se implementan en la ciudad, con el fin de reconocer el estado de la cuestión y la hibridación propiciada por el desplazamiento.
- Promover una red lúdica que retome las propuestas de las diferentes instituciones comprometidas con el proceso de desplazamiento y trabajen colectivamente.
- Diseñar estrategias pedagógicas de acogida a las prácticas de ocio propias a las comunidades desplazadas, para que se implementen en la escuela.

La persistencia de los desterrados en mantener muchas de sus prácticas de ocio en la urbe, es la irrefutable evidencia de que ello se ha convertido en grañas de resistencia ante la posibilidad de que su identidad quede subsumida en la selva de cemento. De todas maneras, reconocemos que, en sus procesos de adaptación, la tensión entre lo que se trae y lo que se encuentra instalado, permite la emergencia de otras prácticas, que establecen otros códigos instauradores de procesos de socialización particulares.

Referencias

Arboleda, R. (2009). *El cuerpo: huellas del desplazamiento. El caso de Macondo*. Medellín: Hombre Nuevo.

Banco Mundial (2007). Informalidad: salida y exclusión. Mesa redonda “Informalidad en Colombia ¿Qué hacer?” Bogotá: Departamento Nacional de Planeación, mayo 29 de 2007. Recuperado de: <https://www.dnp.gov.co/Portals/o/archi>

vos/documentos/GCRP/Presentaciones_Renteria/may_29_07_Informalidad.pdf.

Bauman, Z. (2005). *Identidad*. Buenos Aires: Losada

Blandón, M. (2005). La calle como territorio lúdico: un elogio del juego callejero. En: Molina Bedoya, Víctor Alonso & Tabares Fernández, José Fernando (Comps.). *Ocio y ciudad. Diálogos para la construcción de espacios lúdicos*. Medellín: Universidad de Antioquia. Grupo de investigación Ocio, expresiones motrices y sociedad.

Corporación Región. En: www.region.org.co/index.php/nuestra-organizacion. Consultada en febrero 3 de 2012.

Galindo, L. (2000). Etnografía. El oficio de la mirada y el sentido. En: *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, pp. 347-383. México: Pearson.

Geertz, C. (2000). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Giménez, G. (1994). *Identidad cultural y memoria colectiva*. Guadalajara: Instituto de Estudios Tecnológicos y Superiores de Occidente (ITESO).

Gimeno Sacristán, J. (2008). *El valor del tiempo en educación*. Madrid: Morata.

Guber, R. (2005). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.

Gomes, C. & Elizalde, R. (2012). *Horizontes latinoamericanos del ocio*. Belo Horizonte: Editora UFMG.

Inder Medellín (2011). El ocio, la recreación y el tiempo libre en el Inder Medellín. Algunas propuestas para su constitución. Documento inédito.

Jaramillo, A.; Sánchez, L.A. & Villa M.I. (2004). *Miedo y desplazamiento. Experiencias y percepciones*. Medellín: Corporación Región.

Tabares, F.; Blandón, M.; Franco, S.; Ossa, A. & Molina, V. (2007). Ciudad lúdica, elementos para la construcción de una sociedad solidaria y del bienestar. *Cuadernos de Ocio y Sociedad*, 1 (1/2), 41-50.

Vicens, Jesús (2004). *Tiempo y cambio social*. Valencia: Germania.

Villar, R.; List, R. & Salomon, L. (1999). *Colombia: A diverse nonprofit sector*. En: www.paisrural.org/memorias/rodrigo_villar.pdf consultado el 2 de febrero de 2012.

Prácticas corporales estéticas en sentido formativo*

María Adelaida Gallo Berrío**

Introducción

Con el ánimo de superar lo que hemos considerado problemático en la educación del cuerpo —el dualismo y las prácticas corporales disciplinadoras y homogeneizantes—, emprendimos una búsqueda para interpretar desde una perspectiva unificadora las bases conceptuales que nos permitan generar otros discursos y otras prácticas a partir de un sentido formativo. En dicha búsqueda encontramos a grandes maestros: Friedrich Nietzsche, Gilles Deleuze y Félix Guattari, quienes, desde lo filosófico, nos conceden un cuerpo que es potencia e intensidad, un cuerpo estético que es espacio de creación; de otro lado, Jorge Larrosa y Fernando Bárcena, quienes nos ofrecen un discurso pedagógico que, desde la *práctica* y la *experiencia*, nos permite acentuar el sentido formativo de lo que hemos denominado *prácticas corporales estéticas*, en perspectiva de la educación corporal.

Con la llegada de la modernidad¹ el cuerpo toma protagonismo, en tan-

* Este artículo surge del proyecto “Prácticas corporales estéticas en sentido formativo”, en el marco de la maestría en Motricidad y desarrollo humano, del Instituto Universitario de Educación Física, de la Universidad de Antioquia - Línea de Estudios en educación corporal.

** Licenciada en Educación Especial, Universidad de Antioquia. Especialista en Educación física: actividad física y salud, Universidad de Antioquia. Candidata a magíster en Motricidad y desarrollo humano - Línea de Estudios en educación corporal, Universidad de Antioquia. Integrante del Grupo de investigación Estudios en educación corporal. magabe17@yahoo.es

¹ La modernidad puede ser concebida desde dos perspectivas distintas: de un lado encontramos la modernidad estética con diferentes facetas —reflejadas en el campo del arte (clasicismo, romanticismo, vanguardismo)—; de otro lado, encontramos la modernidad como periodo histórico, análogo a la ilustración, en el que una serie de transformaciones sociales, culturales, económicas y políticas, fundadas en la idea de progreso y desarrollo, acentúan los dualismos tradicional-moderno, cuerpo-mente, razón-sensibilidad. Para abordar la problemática que nos atañe —la fragmentación del cuerpo y la subordinación de la sensibilidad ante la razón—, nos centraremos en esta última perspectiva (Sánchez Vázquez, 1996).

to se vuelve objeto de estudio desde diferentes disciplinas pertenecientes tanto a las ciencias positivistas como a las ciencias sociales, como parte de una estrategia característica de la época que se orienta a la civilización y a la domesticación de los cuerpos. No obstante, tal protagonismo del cuerpo en el ámbito científico se contrasta con la división que la propia modernidad funda entre la mente (lo racional) y el cuerpo (lo irracional), otorgando mayor preponderancia a la razón y relegando a un segundo plano la sensibilidad y con ella el cuerpo. Desde esa lógica, a la vez objetivista y fraccionadora, se generan nuevas prácticas políticas, educativas y corporales en las cuales se termina por desconocer la condición simbólica y expresiva del ser humano. En tal panorama, nos resulta pertinente problematizar tanto las formas como se percibe el cuerpo —desde una perspectiva organicista, cientifista y dualista—, como las formas esquemáticas desde las cuales se lo educa.

En búsqueda de prácticas y discursos alternativos que nos permitan pensar lo formativo, nuestro interés consiste en problematizar tanto el concepto de cuerpo (escindido) característico en la modernidad como las prácticas educativas que de allí se derivan, que lo supeditan a una racionalización e instrumentalización que anula los aspectos dinámicos y creativos de la existencia, al tiempo que desconocen el lugar del cuerpo que se forma y construye con relación a la experiencia.

Cabe señalar que desde la educación corporal reflexionamos a partir de discursos no institucionalizados, desde otras prácticas y discursos que dan lugar al cuerpo y a la experiencia; por lo tanto, no proponemos marco definitivo o concluido, sino que buscamos desplegar otras posibilidades, otras voces, otras prácticas —que seguramente habrá que abandonar en el momento en que se reglamenten y sistematicen.

Ahora bien, nos hemos basado en un discurso que plantea que el cuerpo es una construcción social, en tanto la cultura inscribe en los cuerpos-sujetos: formas, signos y arquetipos que lo van esculpiendo; al respecto señala Foucault (2002):

Ha habido, en el curso de la edad clásica, todo un descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco de poder. Podrían encontrarse fácilmente signos de esta gran atención dedicada entonces al cuerpo, al que se ma-

nipula, al que se le da forma, que se educa, que obedece, que responde, que se vuelve hábil o cuyas fuerzas se multiplican (p. 140).

En este sentido —y considerando que la sociedad y la cultura trazan lineamientos, y que la educación física se ha caracterizado por educar el cuerpo desde una perspectiva social y cultural: normativa, disciplinaria y correctiva—, queremos ahora ocuparnos del cuerpo que se construye a partir de lo singular. Consideramos que si el cuerpo es susceptible de constituirse a partir de influjos externos, también es susceptible de constituirse desde influjos internos con una libertad relativa. Con ello no queremos perpetuar dualismos que sobreponen o subvaloran unas ideas sobre otras —priorizando, en este caso, lo individual sobre lo colectivo o social, o la sensibilidad sobre lo intelectual—, sino que queremos hacer visibles otros discursos que contribuyan a generar alternativas, a abrir desde el cuerpo, y en el cuerpo, un espacio para la creación y la variación. Nos interesa lo que el sujeto puede hacer por sí mismo, lo que le permite darse forma; en tal sentido, nos interesa lo formativo con resonancias hacia una figuración estética de la existencia.

A partir del propósito planteado indagamos por autores, conceptos y perspectivas que nos permitieran pensar, articuladamente, las caras de lo sensible e inteligible contenidas en un mismo ser, que permitieran construir un discurso semejante a la figura de Jano Bifronte;² sugerimos la imagen de dicha deidad romana porque, si bien tiene dos caras que parecen opuestas, también envuelven un sentido relacional y sistémico, ya que la cara ‘contraria’ es al mismo tiempo el envés de su antagónica.

En esa búsqueda fueron muchos los autores que encontramos: Baruch Spinoza, Friedrich Schiller, Michel Foucault... pero Nietzsche, Deleuze y Guattari nos permitieron focalizarnos en lo que nos inquietaba: de un lado, problematizar el dualismo, y de otro, reflexionar sobre el sujeto-cuerpo que se da forma a sí mismo; como resultado del ejercicio emergieron conceptos clave a tratar: el *Cuerpo* —no-escindido y campo

² Deidad de la mitología romana con dos caras mirando en direcciones opuestas; Jano era el dios de las puertas, de los comienzos, y auguraba buenos finales. De su nombre deriva *januarius* (enero) (Buitrago Ramírez, s. f.).

de fuerzas— y la *Estética* —conocimiento sensible y creador—. Por otra parte, y para acentuar el tono pedagógico y formativo que nos ocupa, encontramos a autores contemporáneos como Jordi Planella, Carlos Skliar, entre otros, pero fueron Larrosa y Bárcena quienes nos dieron pistas para pensar lo otro que también nos inquietaba: lo que permea la subjetividad y trans-forma al sujeto-cuerpo en el marco de las prácticas corporales; emergieron así las nociones de *práctica* y *experiencia*, que reclamaban un cuerpo sensible, que se deja afectar por lo que le sucede, que se inventa, que se crea.

En este proceso, si Nietzsche, Deleuze y Guattari aportan diversos elementos para pensar el cuerpo en relación con la estética, Larrosa y Bárcena, desde un discurso pedagógico, permiten otorgarle a dicho discurso un sentido formativo, pues el cuerpo —campo de fuerzas y espacio de creación— se pone en situación; es decir, no se transforma *per se*, sino en relación con otros, con lo otro, con lo distinto, con el mundo, con la acción, esto es, en el contexto de la práctica y la experiencia, entendidas más allá de lo meramente técnico como espacios donde interviene no solo el hacer, sino que además se compromete la sensibilidad y el pensar, el ser.

Trascendiendo lo técnico de la praxis y la experiencia

Como ya se planteó, para nuestro propósito es menester considerar la práctica y la experiencia desde una perspectiva que tome distancia del discurso meramente técnico y sea más próxima a la experiencia, el cuerpo y lo formativo; para ello, retomamos a autores como Aristóteles y Hannah Arendt. Desde una perspectiva aristotélica se plantea la diferenciación entre *poiesis* y *praxis*. La *poiesis* está inscrita en las ciencias naturales, es técnica y producción, se orienta hacia una meta, hacia la obtención de resultados con fines de sustento; de otro lado se encuentra la *praxis*, esta se inscribe en el campo de las ciencias sociales, contiene una dimensión ética y se considera un ejercicio vital que propicia la formación del sujeto.

Posteriormente, y desde una perspectiva semejante, Hannah Arendt distingue entre labor y acción, siendo la acción reveladora de singula-

ridad. Encontramos, asimismo, otros autores destacados que desde las ciencias sociales han estudiado el lugar que ocupa la dimensión práctica del ser humano —superando el dualismo entre objetivismo y subjetivismo, entre teoría y práctica—, como: Immanuel Kant, quien otorgó visibilidad a la razón práctica; Jhon Dewey, para quien la formación debe orientarse no solo hacia la constitución de ideas y pensamientos, sino además hacia la inteligencia práctica (para Dewey la práctica o la acción contienen una dimensión reflexiva, que modifica tanto el pensamiento y las ideas como la práctica misma); el pensamiento de Karl Marx también permitió resaltar el valor que tiene la práctica en el proceso de conocimiento y transformación del mundo; por su parte, Pierre Bourdieu se ocupó de estudiar la noción de *habitus*, que contiene una dimensión práctica, en tanto historia encarnada surgida como producto de las experiencias que se viven en un contexto cultural; y Michel Foucault, para quien las prácticas constituyen una racionalidad instrumental y engendran dominios de saber. Este último, filósofo e historiador francés, propone un concepto que permite dimensionar la práctica desde una perspectiva distinta; para Foucault, en las prácticas predomina la voluntad, la capacidad creadora, el sentido estético y ético del sujeto, es a esto a lo que denomina “prácticas de sí”, a saber:

[...] un conjunto de prácticas específicas las cuales se caracterizan por ser prácticas sensatas y voluntarias por las que los hombres no solo se fijan reglas de conducta, sino que buscan transformarse a sí mismos, modificarse en su singularidad y hacer de su vida una obra que presenta ciertos valores estéticos y responden a ciertos criterios de estilo. (Foucault, 2001, p.14).

En este sentido, las prácticas de sí constituyen un ejercicio discursivo, político y formativo, que le permite al sujeto construir subjetividad desde una lógica distinta a los mecanismos hegemónicos y uniformizantes.

Partiendo de los planteamientos de los autores enunciados, podemos señalar que los sujetos se constituyen a través de las prácticas —discursivas, políticas, corporales—, que lo forman, lo transforman; en ellas un sujeto se experimenta a sí mismo individual y colectivamente. Con

respecto a la experiencia, en sentido formativo, hallamos que es lo que se construye a partir de algo que sucede —un acontecimiento—. Deleuze retoma de los estoicos la noción de *acontecimiento*: una especie de espacio-tiempo virtual, “siempre desdoblado en pasado-futuro” (1994, p. 110); algo inmaterial, intangible, incorpóreo; algo que sucede y supera la acción, una singularidad; algo intempestivo que es verbo infinitivo —amar, temer, pensar...—; algo que está ubicado, como una especie de membrana que conecta lo interior con lo exterior; algo que circula entre las superficies de los cuerpos, pero que se actualiza o efectúa en ellos dando lugar a la experiencia.

Ahora bien, aunque la experiencia, al igual que el acontecimiento, no es objetivable ni cuantificable, según Larrosa (2006) contempla tres dimensiones que posibilitan que ella irrumpa, a saber: i) exterioridad, alteridad y alienación; ii) reflexividad, subjetividad y transformación; iii) pasaje y pasión. Con lo anterior, encontramos que en la experiencia se hace manifiesta una estrecha relación con el afuera en tanto toca con lo externo, con la exposición, con la excursión, con la expedición, con lo exótico, con lo desconocido; también con la pasión, en tanto tiene que ver con la excitación y la exclamación; y además con lo paradójico —el sentido trans-formativo—, en tanto provoca una tensión “entre libertad y esclavitud [...], placer y dolor [...], felicidad y sufrimiento” (Larrosa, 2003, p. 98). La experiencia provoca en el sujeto ambivalencias, paradojas y ambigüedades que lo confrontan consigo mismo, lo sacan de sí, al tiempo que lo cautiva y lo captura en aquello que le apasiona, que lo seduce.

Consecuentes con lo que hemos venido desarrollando, podemos decir que la relación entre acontecimiento y experiencia es bidireccional, ya que ambos se retroalimentan: el acontecimiento es abstracto, etéreo, pero además requiere de la experiencia para concretarse; y asimismo, la experiencia no trasciende su condición inicial de repetición —gesto mecánico que evidencia habilidad y competencia para hacer algo— si no emerge de un acontecimiento, de lo que irrumpen y reclama hacer algo con ello.

Con respecto a la relación entre *práctica* y *experiencia* tenemos que en ellas se pone en juego tanto el hacer como el ser, pues albergan implícitamente sentidos, códigos, cargas simbólicas y afectivas que involucran la subjetividad. Fernando Bárcena y Joan-Carles Mèlich (2000) dicen que “la acción pues, en estrecha relación con el discurso, con el poder de la palabra y el lenguaje, es la forma a través de la cual nos insertamos en el mundo, y esa inserción es como un segundo nacimiento” (p. 68), natalidad que alberga experiencia. Es al ponerse en escena que el sujeto tiene la posibilidad de descubrir-se y transformar-se. Al respecto dice Larrosa (1995): “Estas formas de relación del sujeto consigo mismo pueden expresarse casi siempre, en términos de acción, con un verbo reflexivo: conocer-se, estimar-se, controlar-se, tener-se confianza, dar-se normas, regular-se, disciplinar-se, etc.” (p. 264).

Finalmente, podemos decir que cuando un gesto técnico —*poiesis*— trasciende su plano actual-real —*práxis*— y da lugar a lo virtual —acontecimiento— es una práctica que da lugar a la experiencia.

Cuerpo estético: cuerpo que se crea

Siguiendo el pensamiento filosófico de Nietzsche, Deleuze y Guattari encontramos que lo que diferencia *un* cuerpo de *el* cuerpo es su capacidad creadora, es decir, su dimensión estética. Para estos pensadores no tenemos un cuerpo, sino que somos cuerpo, pero no desde el nacimiento sino como resultado de una composición estética, una composición que no es tanto una obra de arte que se expone, sino más bien una producción propia, una obra de la existencia misma.

Para Nietzsche, el cuerpo es todo: “Todo yo soy cuerpo y nada más” (Nietzsche, 1981b, p. 38), el cuerpo es un plano de la composición estética, y la estética es creación, proceso de transformación que emerge del encuentro de fuerzas que tiene lugar en el cuerpo y da sentido a la existencia. En su obra *El nacimiento de la tragedia*, este filósofo plantea que el fin de la estética consiste en afirmar la vida, y esta se afirma en el cuerpo, se refiere de ese modo a una voluntad de poder en la que se debaten fuerzas activas (dionisiacas) y reactivas (apolíneas) por la transformación y la creación. Desde esta perspectiva, se evidencia en

el pensamiento del autor el carácter activo, dinámico y artístico de lo humano, un carácter que permite superar el sinsentido de la vida y afirmar el cuerpo.

Por su parte, Deleuze y Guattari nos proponen un programa ético-estético y político en el que es posible experimentar un cuerpo sin organización, sin verdad y sin elementos pre-existentes, es decir, un Cuerpo sin Órganos (CsO),³ un cuerpo *intermezzo*; conjunción que va trazando las líneas de nuestra vida. Para estos autores la estética permite experimentar otras formas de ser y producir subjetividad, esto es, construirnos un cuerpo propio que más que un calco sea una cartografía —un mapa propio—. La propuesta estético-corporal consiste pues en una búsqueda constante del devenir: “[...] como una fuerza de búsqueda, cuestionante y «problematizante», que se desarrolla en otro campo que el de la necesidad y el de la satisfacción” (Deleuze, 2002, p. 168), que tiene que ver más con la creación, en tanto implica hacer movimientos; a saber, una desestratificación: *del organismo* —haciendo prevalecer las intensidades—, *de la significación* —tomando distancia de las ideas y creencias infundadas— y *de la subjetivación* —dejando de un lado el percibirse como un Yo, algo que implica oponerse a las identidades fijas para experimentarse en devenir—. La invitación es a producir lo propio: líneas que se quiebran —rizomáticamente— en direcciones diferentes, posibilitando una composición estética en la que el cuerpo tiene la voz, permitiendo construir una corporalidad distinta, una corporalidad que se diferencia aun en lo que se repite.

A partir de Nietzsche, Deleuze y Guattari nos es posible superar el dualismo que subvalora al cuerpo y lo somete a las leyes de la razón, en tanto posibilitan la afirmación de un cuerpo sensible, plural, un cuerpo lleno de intensidades, de encuentros de fuerzas y variaciones. Desde este panorama, podemos presentar, en términos de la educación corporal, una idea de cuerpo y sujeto que reclamamos, a saber, una idea de

³ Para Deleuze y Guattari (1988) el CsO representa un ejercicio, una experimentación que invita a producir subjetividad. Estos pensadores no invocan un cuerpo etéreo, que no se ve ni se toca, sino un cuerpo que siendo visible y palpable, lleno de órganos, también está lleno de intensidades, flujos y deseos (p. 166).

sujeto-cuerpo inacabado, inconcluso, en trans-formación, un sujeto-cuerpo estético, en tanto crea y se constituye a partir de lo que le acontece y lo que hace con ello. Podemos afirmar que es posible formarnos nuestro cuerpo, ser un cuerpo singular y a la vez múltiple, en el estado latente de un doble devenir en el que se *llega a ser lo que se es* —un cuerpo—, pero abierto aun a lo inédito o inesperado.

Prácticas corporales estéticas en sentido formativo

Como ya se ha señalado, el cuerpo no solo se constituye a partir de influjos externos que se inscriben en un contexto social, histórico y cultural —en el que las prácticas corporales contienen mayoritariamente una verdad colectiva (institucionalizada) que, si bien da al sujeto unas coordenadas iniciales que le permiten orientarse en el mundo, tienden a ser homogeneizadoras y, en algunos casos, regidas por factores productivos y funcionales de la sociedad—, sino que además el cuerpo se constituye a partir de influjos internos. Es decir, que el cuerpo es susceptible de construirse desde prácticas y experiencias emergidas desde el sí mismo, prácticas corporales estéticas, en las que se posibilita tanto la creación y variación de sentidos como la pluralidad en las formas y usos del cuerpo, pues consideramos que no hay una sola sino múltiples interpretaciones del mundo, y darle lugar a ello es un acto creativo y afirmador de la vida, un acto que nos convierte en seres estéticos.

Correspondemos entonces las prácticas corporales con lo estético y lo experiencial porque son estas concepciones las que nos permiten contemplar de una manera más amplia lo sensible, corpóreo, simbólico y subjetivo propio del ser humano. En este sentido, al interpretar las prácticas corporales en perspectiva formativa, encontramos que las concepciones de estética y de experiencia nos permiten ampliar los horizontes de la motricidad —entenderla más allá de lo anátomo-fisiológico—, en tanto permiten dimensionar al hombre como un ser indiviso, que actúa, siente y piensa, y que está en condición de transformar su propia existencia.

A continuación, presentamos una ilustración que da cuenta de las relaciones que se establecen entre el discurso de los autores de referencia y,

a partir de allí, la interpretación que damos a las prácticas corporales estéticas, en sentido formativo:



A partir de lo más general, tenemos entonces que los conceptos de *cuerpo*, *estética*, *experiencia* y *práctica* han sido dimensionados predominantemente desde una perspectiva racionalista (fondo gris), que problematizamos y frente a la cual una perspectiva alternativa que se fundamenta en la reflexión pedagógica —Larrosa y Bércena— y la reflexión filosófica —Nietzsche, Deleuze y Guattari—, esta perspectiva no discute con lo racionalista (línea discontinua), pues se deja permear, pero sí destaca la tonalidad sensible de lo humano.

Podemos ver que de la *reflexión pedagógica* se despliegan otras posibilidades que permiten entender la *práctica* y la *experiencia* más allá de lo técnico, y que contienen en sí, además de elementos que operan desde la lógica, la razón y la objetividad, otros aspectos que intervienen en el terreno subjetivo, haciendo posible por tanto la *trans-formación*.

De modo semejante, a partir de la *reflexión filosófica*, es posible concebir el cuerpo con relación a la estética, es decir, como espacio de *crea-*

ción; en este sentido, el cuerpo adquiere otro valor, otra connotación que toca con lo sensible.

Además, encontramos que de cada uno de los conceptos emerge un *elemento* que alimenta el discurso que estamos construyendo, puesto que consolida y fortalece el *sentido formativo* de las *prácticas corporales estéticas*; a saber, el territorio *cuerpo*, que es *verbo*, se constituye con relación al *movimiento físico y subjetivo*; en este sentido, desde la *experiencia* es factible hacer movimientos, desde la *práctica* es posible (r)existir y desde la *estética* se puede *poetizar la existencia*. Si bien estos *elementos* dan consistencia, provocan a su vez movimiento, pues cuando hablamos de lo formativo, a partir de las pistas que nos dan los autores, no podemos establecer relaciones ni conceptos unívocos o fijos, sino que siempre están en relación con algo.

Ahora bien, en el gráfico es posible hacer un pliegue horizontal que une y divide al mismo tiempo el sentido formativo (mitad superior) y las prácticas corporales estéticas (mitad inferior). Desde esta óptica encontramos que el sentido formativo de la *práctica* se da con relación a la *experiencia*, y viceversa (efecto reloj de arena); sucede lo mismo con el *sentido formativo* de la *experiencia*, está en relación con la *práctica*, con la acción, con lo que se hace y compromete el *ser-hacer*; asimismo sucede con el *sentido formativo* del *cuerpo*, que está en relación con la *estética*, y viceversa, es decir, el sentido formativo de lo estético está en relación con el cuerpo. También podemos decir que el reverso que sustenta el sentido formativo son las prácticas corporales estéticas, porque en ellas el *cuerpo se mueve*, se despliega, se desliza objetiva y subjetivamente por otros sentidos; ahora bien, a las *prácticas corporales estéticas* las soporta, recíprocamente, *el sentido formativo*, pues sin este no serían estéticas, no darían lugar a la creación.

Cuerpo-verbo: cuerpo que se construye con relación al movimiento — físico y subjetivo

Se camina porque sí, por el placer de degustar el tiempo, de dar un rodeo existencial, para encontrarse mejor al final del camino, de descubrir lugares y rostros desconocidos, de extender corporalmente el conocimiento de un mundo inagotable de sentidos y sensorialidades, o simplemente porque el camino está allí.

Le Breton, *Elogio del caminar*

Caminar puede ser un ejemplo de una práctica corporal estética, como también danzar y jugar (Gallo, 2012, p. 838), son prácticas en las que, como dice Le Breton, se da un rodeo existencial, se descubren otros lugares, otras formas, se degusta el tiempo, pero, sobre todo, son prácticas en las que la razón y la sensación se armonizan.

Cuando nos referimos a las prácticas corporales estéticas en sentido formativo, estamos asumiendo que son prácticas que suponen movimiento, un movimiento que implica el sí mismo, es decir, un movimiento no solo físico, sino que trasciende el tiempo y el espacio —en términos objetivos y cronológicos— para convertirse en un espacio-tiempo virtual, pues este se transforma en algo subjetivo, no tangible, aunque sí perceptible, que pone en juego: tiempo pasado: *la historia*; tiempo presente: *sensación afección, experimentación*; y tiempo futuro: *devenir*. Se trata de un espacio-tiempo generador de experiencia, pero sobre todo de experiencia estética, donde el cuerpo es laboratorio, donde se experimenta a sí mismo, se desconoce, *se pierde*, se desconecta de sus valores, de su saber, para abrir espacio a lo nuevo.

Una práctica corporal estética es un laboratorio donde el cuerpo se experimenta, porque en ella el cuerpo “siente, sufre, padece, goza” (Gallo, 2006, p. 50). Una práctica corporal estética es *deformadora* del cuerpo porque en ella se pierden los límites espaciales, temporales, se pierde el sentido de sí mismo, del otro y los otros; en ella hay despliegue de potencias porque el cuerpo deviene —niño, mujer, animal, tierra, aire, fuego, líquido—, en tanto es sensible a los signos de lo que le rodea. Pensamos que el humano se hace más humano, más sensible, cuando se integra al mundo, cuando le otorga sentidos, cuando lo interpreta, cuando lo incorpora.

En sentido formativo y en perspectiva de la educación corporal, planteamos entonces que las prácticas corporales estéticas son acciones que provocan pliegues subjetivos, porque movilizan coordenadas estructurales e invitan a generar nuevos y provisionales puntos de referencia, móviles y dinámicos, así como la realidad misma, dinámica y fluctuante. Entendemos que los valores dan origen a puntos de vista, a creencias que primariamente pueden constituirse en coordenadas que orientan en el mundo, pero cuando se idealizan, fijan y perennizan, se imponen y se hacen inquebrantables negando toda posibilidad de diferenciación. En contraste, en la educación corporal nos abrimos a la experiencia estética porque consiste en afirmar la vida, en activar una fuerza creadora, una voluntad de poder que permita dar sentido a la existencia trans-formándola. El cuerpo y la vida se afirman desde el acto creador, un acto que no es obra para otros, sino obra para sí mismo; desde esta óptica, como señala Luis Eduardo Gama:

El significado último de la experiencia estética yace ahora en elevar el sentimiento de poderío vital del individuo, pero esto implica tanto un incremento del vigor y la fortaleza animal, como la elevación de las facultades cognoscitivas. Cuerpo y espíritu, animalidad instintiva espontánea y capacidad racional reflexiva resultan de esta manera integradas en la acción y en el efecto de la embriaguez de la que brota el arte y que se intensifica ante el mismo (Gama, 2008, p. 98).

En concordancia con la cita anterior, el movimiento-acción provocado en una práctica corporal estética, si bien se realiza en el plano de lo físico, está significativamente relacionado con lo subjetivo, con lo íntimo, es “uma geografia da carne em movimento” (Lins, 2004, p. 154). Se trata de un trayecto en el que se transita por el tiempo, el espacio, las vivencias, los sentidos, el conocimiento, la razón y la sin-razón. Cuando nos movemos, cambiamos de lugar, algo pasa, no nos encontramos ni en el lugar inicial ni en el estado inicial; por ello, una práctica corporal estética alude a la experiencia, porque permite otras formas de movimiento donde lo que se pretende es entrar en contacto consigo mismo, con los otros, con lo externo y lo interno, siempre intersectando el presente.

En síntesis, asumimos la experiencia estética en el contexto de las prácticas corporales como encuentros y desencuentros de fuerzas —apolíneas y dionisiacas—, de voluntades —de verdad y de poder—, es decir, encuentros y desencuentros de certezas e incertidumbres, valores y creencias, en perspectiva del devenir. Una experiencia estética es pues una acción orientada al descubrimiento y re-descubrimiento del cuerpo, donde se invierten los significados, donde el cuerpo se experimenta como un CsO; en ella la voluntad creadora trasciende los límites, los valores, para generar nuevos sentidos, lo que consiste en una especie de nacimiento poético, un despertar del cuerpo, un despertar a la vida, un segundo nacimiento —biográfico—, en una afirmación de la existencia en la que se crean otros valores.

La experiencia estética o nacimiento poético del que tratamos es pues una propuesta que plantea un distanciamiento o subversión de los valores, no para negarlos sino para transformarlos, para darles otro orden, pues problematizamos lo establecido, lo institucionalizado, porque ello coarta la variación y el devenir, que es a lo que apuntamos en la educación corporal. En la perspectiva de Nietzsche, como es advertido por Dolores Castrillo (1981) en el Prólogo a *La voluntad de poderío*, consideramos que la crítica se dirige no hacia “las falsas pretensiones de la verdad, sino [hacia] la Verdad en sí y como Ideal” (p. 15).

Vadeando lo perceptivo

Pensamos porque algo nos ocurre, pensamos como producto de las cosas que nos pasan, a partir de lo que vivimos, como con secuencia del mundo que nos rodea, que experimentamos como propio, afectados por lo que nos pasa. Es la experiencia la que nos imprime la necesidad de repensar, de volver sobre las ideas que teníamos de las cosas, porque justamente lo que nos muestra la experiencia es la insuficiencia o la insatisfacción de nuestro anterior pensar.

Contreras & Pérez, *La experiencia y la investigación educativa*.

En la perspectiva de la educación corporal, las prácticas corporales estéticas comprenden un sentido formativo porque contienen una dimensión simbólica que pone en juego transfiguraciones, sentidos y formas; por ello encierran y exponen una actitud ante el mundo, exponen

y suscitan la triada: cuerpo, lenguaje y arte. El lenguaje y el arte se hacen cuerpo, cuerpo creativo que transita por otros sentidos, cuerpo potencia que se abre a lo inédito, cuerpo que sobrepasa el mero estado de organismo que le es dado naturalmente. En este sentido, en una práctica corporal estética las sensaciones traspasan lo perceptivo para ingresar al campo de lo subjetivo, de lo íntimo, del sentido y el sin-sentido, de lo simbólico, dando lugar a agenciamientos y a la producción de subjetividad.

La vista se recuesta en el tacto. Los tejidos y los huesos se vuelven tan elásticos que creo tocar el valle con mis dedos, a tres mil metros por debajo de mí, y hasta el pico antes de llegar. Mientras que mi piel, extensible, se aplica sobre la región hasta recubrirla, el alma contemplativa o teórica se empequeñece y se refugia, dormida, en el olvido de la abstracción (Serres, 2011, p. 35).



Michel Serres nos comparte, narrativamente, lo que estamos considerando como una práctica corporal estética: un entrecruzamiento cuerpo-espacio-tiempo que hace emerger una experiencia, algo que transcurre un instante —tiempo *Aion*— detenido en el tiempo —*chronos*—, que es vivencia y potencia, y en el que el cuerpo es un punto de encuentro de fuerzas, intensidades y sensaciones que pervierten la razón y la lógica.

Desde esta perspectiva, en una práctica corporal estética se trasciende lo naturalista del cuerpo, se traspasa lo meramente técnico, se da lugar a lo fenomenológico y se potencia la creación; en ella se pone en juego la singularidad del sujeto, pero también su condición de ser social; en ella el sujeto se pliega y se repliega, se forma, se reforma y se transforma; en ella es posible conquistar una libertad relativa, pues no se puede desconocer que el cuerpo es la frontera entre lo íntimo y lo público, entre lo individual y colectivo. En una práctica corporal estética lo

que se construye es una *repetición crítica*, una acción diferenciada que se auto-legitima, que tiene su propio sentido, su propia verdad, móvil, dinámica y provisional. Se trata de prácticas corporales que, con un sentido estético, favorecen la construcción y de-construcción de nudos de significación, una producción de sentidos a partir de elementos de ruptura de sentidos. Cuando hablamos de ruptura de sentidos y de repetición crítica nos estamos refiriendo a poner a circular de otro modo los códigos, patrones y sentidos aprendidos en el contexto de lo social y cultural, para que ya no intervengan desde la misma razón, desde la misma lógica, sino desde la experiencia, es decir, algo que permita construir otra cosa, producir subjetividad.

A manera de cierre

Reflexionando sobre las relaciones que podemos establecer entre cuerpo, estética, práctica y experiencia, pensamos en el cuerpo como el hilo conductor, otorgamos al cuerpo el valor de la vida misma, pues en este, desde la experiencia, se afirma la existencia. Ahora bien, esta experiencia de la que hablamos, que pasa por el cuerpo, está en relación con la estética —trans-formación de la existencia—, pero también se encuentra en relación con la práctica corporal, pues en ella se materializan y se hacen cuerpo los sentidos. Podemos decir entonces que si en una práctica corporal el sujeto no hace algo con lo que le sucede, esta no es estética, no está en relación con la experiencia, no emerge de un acontecimiento.

Proponemos las prácticas corporales estéticas porque, a diferencia del discurso predominante de las prácticas normalizadoras, estas no solo se encuentran inscritas en el marco social y cultural que las caracteriza, sino que también dan espacio a lo singular, formativo y creativo: “Cuando establecemos relación entre las prácticas corporales y la educación, nos orientamos hacia una configuración estética de la existencia” (Gallo, 2012, p. 826).

Finalmente, consideramos que no toda práctica corporal es estética, como tampoco toda práctica corporal estética está inscrita en lo cultural-social, aunque puede estarlo. Para ilustrar un poco, consideramos

que un sujeto puede estar inmerso en una cultura, y por ende, acogerse a los *catálogos* de su contexto, a las formas predominantes: prácticas corporales que implican modos de ser, hacer y pensar. Sin embargo, a partir de algo que le acontezca, algo que cuestione lo que es y ha sido, ese sujeto puede hacer una “ruptura” para dar lugar, desde una posición crítica, a otras formas de ser sujeto.

En una práctica corporal estética es posible ser otro, ser de otra manera, es posible entrar en otro cuerpo sin cambiar de piel.

Referencias

- Bárcena Orbe, Fernando & Mèlich, Joan-Carles (2000). *La educación como acontecimiento ético: natalidad, narración y hospitalidad*. España: Paidós.
- Buitrago Ramírez, Hernán (s. f.). El mito de Jano Bifronte y el tercero excluido: la guerra de los mundos en la epistemología contemporánea. En: <http://es.scribd.com/doc/58986186/000-El-Mito-de-Jano-Bifronte-y-El-Tercero-Excluido>
- Castrillo Mirat, Dolores (1981). Prólogo. En: Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poderío*. Madrid: Editorial EDAF.
- Contreras Domingo, José & Pérez de Lara Ferré, Nuria (2010). La experiencia y la investigación educativa. En: José Contreras y Nuria Pérez (Coords.), *Investigar la experiencia educativa*, pp. 21-86. España: Morata.
- Deleuze, Gilles (2002). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (1994). *Lógica del sentido*. En: <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Deleuze/L%F3gica%20del%20sentido.pdf>
- Deleuze, Gilles & Guattari, Félix (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. España: Pre-Textos.
- Foucault, Michel (2002). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____ (2001). *Historia de la sexualidad I: El uso de los placeres*. México: Siglo XXI.
- Gallo Cadavid, Luz Elena (2012, octubre-diciembre). Las prácticas corporales en la educación corporal. *Revista Brasileira de Ciências do Esporte*, 34 (4), 825-843. Porto Alegre: Colégio Brasileiro de Ciências do Esporte. Recuperado de http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0101-32892012000400003&lng=en&tlng=es.10.1590/S0101-32892012000400003
- _____ (2006). El ser-corporal-en-el-mundo como punto de partida en la fenomenología de la existencia corpórea. *Pensamiento Educativo, Revista de Inves-*

- tigación Educativa Latinoamericana*, 38 (1), 46-61, Santiago: Universidad Católica de Chile. En: <http://pensamientoeducativo.uc.cl/files/journals/2/articulos/301/public/301-706-1-PB.pdf>
- Gama, Luis Eduardo (2008, abril). Los saberes del arte. La experiencia estética en Nietzsche. *Ideas y Valores: Revista Colombiana de Filosofía*, 57 (136), 67-100. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. En: <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/idval/article/viewFile/1361/1955>
- Larrosa, Jorge (2006). Sobre la experiencia. *Aloma. Revista de Psicología, Ciències de l'Educació i de l'Esport*, (19), 87-112. Barcelona: Universitat Ramon Llull. En: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2201318>
- _____ (2003). Experiencia y pasión. Notas para una patética de la formación. En: *La experiencia de la lectura: estudios sobre literatura y formación* (pp. 85-98). México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1995). Tecnologías del yo y educación. Notas sobre la construcción y la mediación pedagógica de la experiencia de sí. En: J. Larrosa (Ed.), *Escuela, poder y subjetivación* (pp. 259-329). Madrid: La Piqueta.
- Le Breton, David. (2000). *Elogio del caminar*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Lins, Daniel. (2004). Clarice Lispector: a escrita bailarina. En: Tania M. Galli F. y Sel-da Engelman (Orgs.), *Corpo, arte e clínica* (pp. 147-160). Porto Alegre: Editora da UFRGS.
- Nietzsche, Friedrich. (1981a). *La voluntad de poderío*. Madrid: Editorial EDAF.
- _____ (1981b). *Así hablaba Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*. Colombia: Bedout.
- _____ (1981c). *El nacimiento de la tragedia o Grecia y el pesimismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (1996). Modernidad, vanguardia y postmodernismo. En *Cuestiones estéticas y artísticas contemporáneas*. México: Fondo de Cultura Económica. [Versión electrónica] Recuperado de: <http://www.ebah.com.br/content/ABAAAffDAAC/modernidad-vanguardia-y-postmodernidad-adolfo-sanchez-vazquez>
- Serres, Michel (2011). *Variaciones sobre el cuerpo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.